

HANS ROSLING

con Fanny Härgestam

CÓMO APRENDÍ
A ENTENDER
EL MUNDO

MEMORIAS



DEUSTO

Cómo aprendí a entender el mundo

Memorias

HANS ROSLING
con Fanny Härgestam

Traducción de Mercedes Vaquero Granados



EDICIONES DEUSTO

Título original: *How I Learned to Understand the World*

© Rosling Education AB, 2017

Todos los derechos reservados

Todas las fotografías incluidas en el libro son propiedad de la colección privada de la familia Rosling.

© de la traducción: Mercedes Vaquero Granados, 2021

© Centro de Libros PAPP, SLU, 2021

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3226-4

Depósito legal: B. 1.615-2021

Primera edición: marzo de 2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por CPI (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo de Agneta Rosling.....	9
Introducción.....	13
Capítulo 1. Del analfabetismo a la excelencia académica.....	15
Capítulo 2. Descubriendo el mundo.....	37
Capítulo 3. Destino Nacala.....	67
Capítulo 4. De la práctica médica a la investigación.....	121
Capítulo 5. De la investigación a la enseñanza.....	163
Capítulo 6. Del aula a Davos.....	193
Capítulo 7. Ébola.....	221
Epílogo por Fanny Härgestam.....	247
Apéndice. Sobre la yuca.....	265

Del analfabetismo a la excelencia académica

Cuando mi padre volvía del trabajo por la tarde, siempre olía a café. Trabajaba en el tostadero de Lindvalls Kaffé, en Uppsala. Así es como llegué a amar el aroma del café mucho antes de empezar a beberlo. A menudo, lo esperaba fuera para verlo llegar a casa del trabajo pedaleando por la calle. Saltaba de su bicicleta y me abrazaba, y yo siempre le hacía la misma pregunta: «¿Has encontrado algo hoy?».

Cuando los sacos de café verde llegaban para ser tostados, los granos se volcaban sobre una cinta transportadora y pasaban la criba de un poderoso imán. La idea era eliminar cualquier objeto metálico que pudiera haber terminado en el saco durante el proceso de secado y empaquetado. Mi padre me traía estas cosas a casa y me contaba una historia sobre cada una de ellas. Las historias eran emocionantes.

A veces traía una moneda.

—Mira, esto es de Brasil —podía decir—. Brasil es el mayor productor de café del mundo.

Mi padre dejaba que me sentara en su regazo, abría el atlas mundial delante de nosotros y empezaba a contar la historia:

—Es un país grande y muy caluroso. Esta moneda ha aparecido dentro de un saco procedente de Santos —explicaba, señalando la ciudad portuaria brasileña.

Describía a los hombres y mujeres trabajadores, eslabones de la cadena que terminaba con la gente en Suecia tomando café. Desde el principio caí en la cuenta de que los recolectores de café eran los peor pagados.

O podía ser una moneda de Guatemala.

—En Guatemala, los europeos blancos son los dueños de las plantaciones de café. Los locales, que fueron los primeros en establecerse en el país, sólo consiguen los empleos mal remunerados. Como recoger las bayas de café.

Recuerdo especialmente bien la vez que traje a casa una moneda de cobre, una pieza de cinco centavos del África Oriental Británica —actual Kenia— con un agujero en el medio.

—Creo que algún hombre pasó una correa de cuero por los agujeros y se la ató al cuello para llevar así sus monedas. Quizá el collar se rompió mientras extendía los granos de café para que se secaran en la tierra arenosa antes de meterlos en el saco. Recogió todas las monedas que pudo, pero se le escapó ésta. Acabó entre los granos y ahora es tuya.

Hasta hoy, guardo las monedas que mi padre me dio en una caja de madera. La moneda de África Oriental le llevó a hablar-me sobre el colonialismo. A la edad de ocho años, supe de la existencia del ejército de la libertad Mau y su reivindicación de la independencia de Kenia.

Los relatos de mi padre me convencieron de que, para él, los latinoamericanos y africanos que recogían, secaban y ensacaban el café eran sus colegas. Y no tengo la menor duda de que mi poderoso anhelo de entender el mundo comenzó cuando mi padre me habló sobre las monedas de los sacos de café y me mostró todos esos países en el atlas. Este anhelo se convirtió en una pasión de por vida y, más tarde, en lo que consideré mi vocación profesional más importante.

En retrospectiva, soy consciente de que mi padre juzgó las rebeliones mundiales contra el colonialismo de la misma manera que la lucha europea contra el nazismo. Durante nuestros largos paseos de fin de semana por el bosque, me explicaba en detalle la historia de la Segunda Guerra Mundial.

Políticamente, mis padres no eran extremistas. Más bien lo contrario; eran normales y corrientes, rozando el aburrimiento. Mi padre admiraba a todos los que luchaban por la justicia y la libertad, pero ambos se oponían tanto a la extrema izquierda como a la extrema derecha.

Crecí sin religión, pero con un sólido sistema de valores que ellos me inculcaron: «Si la gente cree o no en Dios, no es importante, lo que cuenta es cómo tratan a sus semejantes». Y: «Algunas personas van a la iglesia, otras caminan por el bosque y disfrutan de la naturaleza».

Teníamos una pequeña radio de madera barnizada en la estantería de encima de la mesa de la cocina. Durante la cena, siempre escuchábamos las noticias de la Sveriges Radio, la emisora nacional. Las opiniones de mis padres me importaban de niño, más que las noticias en sí. Mi madre solía comentar las noticias suecas, mientras que mi padre se centraba en las noticias del extranjero y a menudo reaccionaba enérgicamente, dejando de comer y sentándose en posición vertical mientras escuchaba, haciéndonos callar a mi madre y a mí. Después, hablábamos largo y tendido sobre lo que habíamos escuchado.

Una vez, casi me ahogo en la alcantarilla que había frente a la casa de mis abuelos. Es mi primer recuerdo. Tenía sólo cuatro años, me había escabullido del jardín y había empezado a deambular entre la valla y el canal de desagüe. El canal rebosaba de aguas residuales, una mezcla de la lluvia de la noche anterior y las apestosas aguas negras de las casas vecinas.

Algo me llamó la atención allí abajo en la mugre. Sentí curiosidad y me metí en el desagüe para ver mejor. Me resbalé. Los lados inclinados no ofrecían dónde agarrarse. No podía respirar. Todo estaba oscuro. Aterrorizado, traté de retorcerme, pero sólo me hundí más en el fango.

Mi tía de diecinueve años, que había venido a buscarme, vio mis patadas y me sacó. Cuando mi abuela Berta se hizo cargo de mí y me llevó a la cocina, mi alivio fue inmenso: todavía hoy recuerdo vívidamente la sensación. La abuela había estado calen-



Esquiando con mi padre.

tando agua en la cocina de leña, preparándose para lavar los platos. Vertió el agua caliente en la bañera de metal. Comprobó la temperatura con el codo mientras yo me desnudaba, luego me ayudó a entrar y me lavó de arriba abajo con una esponja suave y mucho jabón. No tardé en ponerme a jugar felizmente con la esponja. Sólo muchos años después me di cuenta de lo cerca que había estado de la muerte.

Incluso entonces, en 1952, no había un sistema de drenaje profundo en el área de Eriksberg, en Uppsala, donde muchos trabajadores de las fábricas, mis abuelos paternos incluidos, tenían su hogar. A los cuatro años, me enviaron a vivir con mis abuelos porque mi madre enfermó de tuberculosis y la ingresaron en el hospital. Mi padre visitaba a mi madre todas las noches después del trabajo y sólo podía estar conmigo los domingos. Mi abuela, que había criado siete hijos propios, me cuidaba durante toda la semana. Mis dos tíos más jóvenes tenían diecinueve y veintitrés años, y seguían viviendo en casa cuando me convertí en el octavo hijo de la abuela.

Mis dos abuelos paternos habían nacido y se habían criado en el campo, pero terminaron por unirse a la creciente fuerza de trabajo urbana. Mi abuelo trabajó en la misma fábrica de ladrillos de Uppsala, Uppsala-Ekeby, toda su vida adulta. Era un hombre amable y trabajador que amaba a su esposa y lo demostraba. Él y sus hijos construyeron su casa de madera de dos pisos por las tardes después del trabajo y en cualquier otro momento que tuvieran libre. Era su orgullo y alegría. Gracias a un plan hipotecario interno dirigido por la fábrica de ladrillos, había podido comprar una parcela arbolada en las afueras de la ciudad, que se convirtió en parte de una zona de viviendas para los trabajadores de la fábrica.

Los altos pinos del lugar proporcionaron la mayor parte del material de construcción para la casa del abuelo Gustav. Pasó un verano talando los árboles y cortándolos en tablones con una sierra de madera a dos manos, un periodo de trabajo muy duro que recordaría el resto de su vida.

El abuelo quería que la casa fuera tan moderna como pudiera permitirse, pero, como todas las casas de la clase trabajadora, el

nivel de higiene era pobre. El grifo sobre el fregadero en la esquina de la cocina era la única fuente de agua corriente. El fregadero era también donde vaciábamos los orinales de los dormitorios, incluido el mío de niño. Las zanjas que se abrían paso a lo largo de los caminos de tierra de la zona eran desagües abiertos sucios e insalubres. La abuela mantenía la casa y el jardín limpios y cuidados, pero en verano, el hedor de las zanjas lo inundaba todo. Cuando, más tarde en la vida, viajé a muchos rincones del mundo, el olor a desagüe abierto de los barrios marginales siempre me recordó a los veranos que pasaba con mis abuelos.

Mis padres, como mis abuelos, también eran pobres. A pesar de andar escasos de dinero, ni ellos ni sus familiares eran vistos como personas desfavorecidas. Durante mi niñez y juventud, los ingresos y la salud de los hogares mejoraron constantemente en toda Suecia. El servicio de salud, parte de un estado de bienestar en expansión, permitió la disposición de nuevos medicamentos de forma gratuita. La tuberculosis de mi madre se curó. Las muertes debido a enfermedades infecciosas disminuyeron drásticamente y los accidentes reemplazaron a las infecciones como la causa más común de muerte durante la infancia. Los charcos de agua estancada cerca de las casas, como la zanja en la que caí, podían ser fatales para mi generación de niños suecos.

Apenas era un adolescente cuando me fascinó el reto de entender realmente cómo la gente vive su vida. Empecé a formular preguntas detalladas a los padres de mi madre y mi padre sobre sus condiciones de vida. Nada ha resultado más útil para mi comprensión de nuestro mundo moderno que examinar los paralelismos entre nuestro mundo actual y los de mis parientes en generaciones anteriores.

La abuela Berta me contó cómo ella y el abuelo Gustav se habían mudado a su primera casa recién casados en 1915, una casa alquilada en el campo cerca de Uppsala. Tenía el suelo de madera, pero sólo contaba con una habitación y una cocina. Su simple fuente de luz era una lámpara de parafina y la abuela tenía que ir a buscar agua a un pozo cercano. Después de doce años

y cinco partos, pudieron por fin mudarse más cerca de donde Gustav trabajaba; aunque su segunda casa también era muy pequeña —de apenas veinticuatro metros cuadrados— y también tenía sólo una habitación y una cocina. Sin embargo, contaba con electricidad y agua corriente. Berta dio a luz a su sexto hijo durante los tres años que vivieron allí. Ella, Gustav y dos de los niños dormían en la cocina, y los otros cuatro compartían la habitación individual. La abuela Berta hablaba con efusividad sobre la grandísima diferencia que la luz eléctrica supuso en sus vidas. Influyó en todo, entre otras cosas en cómo llevaba la casa y cómo los niños hacían los deberes. Lo importante es que, si alguien se enfermaba durante las horas de oscuridad, se podía encender la luz. Sus elogios a la electricidad eran ilimitados.

La familia tuvo que utilizar letrinas exteriores —agujeros en el suelo— en sus dos primeras casas. En 1930, cuando se mudaron a la casa que había construido el abuelo, se había cavado una letrina interior en el sótano. La nueva casa tenía cuatro habitaciones, todas con luz eléctrica. Sin embargo, incluso en 1952, cuando vivía con mis abuelos, la abuela usaba el fogón de leña para cocinar y calentar el agua para lavar la ropa y demás. Ese año les instalaron su primer teléfono.

El abuelo también había instalado un grifo en el sótano y colocado dos grandes fregaderos de cemento junto al mismo. Mi abuela podía lavar a mano la ropa y las sábanas de su numerosa familia dentro de casa, en lugar de arrastrar todo a un arroyo cercano y volver. Aun así, lavar la ropa seguía siendo un trabajo duro, aburrido y que requería mucho tiempo. La abuela estaba pendiente de los nuevos inventos que la industrialización ideaba y que ahorran trabajo, y un día su sueño se hizo realidad: la lavadora «mágica».

Mi padre fue el segundo hijo de Berta, en realidad, el tercero. Su primer hijo nació en el hospital, pero el bebé murió. Papá terminó sus seis años de escuela a los catorce años de edad. Consiguió un trabajo como aprendiz de albañil en la fábrica local de ladrillos que, hoy en día, se consideraría trabajo infantil; además, los hombres mayores a menudo maltrataban a los chicos. Aun así, en aquellos días, los jóvenes de las familias en creci-

miento hacían una contribución fundamental a los ingresos del hogar.

Para mi padre, lo peor de su trabajo no fueron ni las malas condiciones ni el salario bajo, sino el hecho de que lo perdió a los diecisiete años. Para él, suponía una vergüenza estar desempleado, aunque era un destino que compartió con muchos otros durante la crisis económica de los años treinta. Para ser de utilidad, arreglaba los zapatos de los vecinos.

En la mañana del 9 de abril de 1940, el ejército alemán invadió Noruega y Dinamarca. Mi padre fue llamado a luchar sólo unas pocas horas después de la emisión de la noticia. Al día siguiente, le entregaron un rifle y lo enviaron a Landskrona, una ciudad portuaria en el estrecho entre Dinamarca y Suecia. Se ordenó a los reclutas que cavaran trincheras para defender Suecia de los alemanes.

Mi padre permaneció en el ejército durante toda la Segunda Guerra Mundial y fue enviado a defender nuestras fronteras con Dinamarca, Noruega y Finlandia. A menudo hablaba de la suerte que había tenido por no haber sido atacado. Durante sus años en el ejército, ni siquiera llegó a escuchar un tiro disparado por rabia.

Me instó a estar agradecido con todos los países y los soldados que habían soportado la pesada carga de luchar y derrotar a los nazis y sus aliados. Pero no le gustaba el sistema soviético. «Estamos en contra tanto de los nazis como de los comunistas», decía siempre mi padre. Incluso al principio, me incluyeron en ese «nosotros». Y le horrorizaban las guerras de colonización iniciadas por los países europeos, algunos de los cuales habían sido ocupados tan recientemente por los alemanes.

Mi padre temía hacer el ridículo delante de la gente educada. No le gustaban los autobuses porque no estaba seguro de cómo comprar un billete. No curioseaba en las librerías porque no tenía claro cómo acercarse a la caja o qué pasaría una vez que lo hiciera. Cuando se dedicó al reparto de comestibles por un tiempo, a veces la gente de clase alta le ofrecía algo de comer. Siempre decía «no, gracias», consciente de que carecía de los modales adecuados en la mesa.

Comprar en los supermercados del sector privado era impensable. Sólo iba a las cooperativas: las tiendas que pertenecían y eran dirigidas por gente de clase trabajadora como él. Las Jóvenes Águilas, el club de *boy scouts* de la sección juvenil del Partido Socialdemócrata, fue para él la única organización para jóvenes. El movimiento obrero ofrecía identidad de grupo a sus miembros y hacía que mi padre y sus amigos se sintieran seguros.

Después de la guerra, llevó a cabo algunos trabajos de corta duración. Luego consiguió el puesto de tostador de café en Lindvalls Kaffe, donde permaneció cerca de cuarenta años. Por las noches, bajaba a su taller de carpintería en el sótano. En mi familia, las cosas rotas no se tiraban, se reparaban: cuando el asa de nuestro primer cubo de plástico se rompió, mi padre le hizo una nueva de madera.

Mi padre, un hombre en forma y atlético, era el mejor orientador del condado de Uppsala. Cuando algo le interesaba, siempre se las arreglaba para hacerlo bien. Siempre estaba dispuesto a participar y su dinámica actitud inspiraba todo lo que emprendía. Por ejemplo, hubo un momento en que mi imprudente amigo Hasse chocó su bicicleta contra un coche y la rueda delantera de la bicicleta se torció en forma de ocho. Todos los niños sabíamos que la bicicleta pertenecía a la madre de Hasse y también lo que ocurriría a continuación: «¡Madre mía! Le van a dar una buena paliza esta noche». A Hasse le pegaban con frecuencia en casa. Rápido como un rayo, mi padre recogió al chico y la bicicleta, y se los llevó al sótano. Enderezó la rueda delantera; la sacó y le dio martillazos hasta que volvió a estar perfecta. Reemplazó la cámara de aire desgarrada y encontró la pintura adecuada para cubrir los arañazos del lacado. Al cabo de hora y media, Hasse volvió a casa a través de nuestra urbanización, empujando una bonita bicicleta.

La familia de mi padre era gente normal y corriente de clase trabajadora, pero mi madre nació en los estratos más bajos de la sociedad. Fue su madre, la abuela Agnes, quien los sacó de la vergonzosa pobreza y los llevó a una vida respetable. Para la gente de

fuera, Agnes podía parecer una anciana más en un asilo, pero para nosotros era una heroína.

Cuando mi madre le preguntó a la suya, que entonces tenía ochenta y ocho años, si había algo que ella pudiera hacer para hacerla feliz, Agnes respondió: «Averigua quién era mi padre».

Agnes nació en 1891 en el condado de Uppsala. Su pequeño primer hogar estaba situado en las afueras de un pueblo. Siempre dijo que no era mejor que una casucha con el suelo de tierra. Su madre, que tuvo a Agnes con diecinueve años, nunca habló del padre de su hija.

Años más tarde nos enteramos de una tradición que concedía a una mujer soltera la oportunidad de identificar al padre de su hijo poniéndole a su recién nacido el mismo nombre que uno de los hijos legítimos del hombre en cuestión. En el caso de Agnes, su madre había trabajado en una granja donde la esposa del granjero, unos meses antes, había dado a luz a una niña llamada Agnes. El propio hombre, y tal vez la comunidad local, lo entendieron.

Era un adulto cuando le pregunté a mi abuela si se había sentido desfavorecida durante su infancia. Su respuesta fue inmediata y definitiva: «No, no lo hice. Nunca. Mi madre ponía comida en la mesa cada día. Teníamos un techo sobre nuestras cabezas, y camas limpias y cálidas para dormir. Teníamos zapatos en los pies y podíamos ir al colegio todos los días».

Mis abuelos fueron a la escuela durante cuatro años. ¿Cuánto aprendieron? Recuerdo que el abuelo Gustav tenía que deletrear las palabras una por una para poder leer un periódico. Ninguna de mis abuelas podía leerme cuentos, y mis abuelos paternos no podían leer en voz alta el periódico.

Mis padres estaban alfabetizados lo suficiente para leer novelas por placer: las generaciones transitaron por etapas de capacidad de lectura, desde el analfabetismo hasta las habilidades básicas de lectura, pasando por la competencia en su propio idioma y, por último, para hacer frente a lenguas extranjeras. Mis abuelos sólo alcanzaron, en el mejor de los casos, un nivel básico de lectura. Mi abuelo paterno incluso me desaconsejó que estudiara: la lectura dañaba los ojos, insistía. Se sentía como un intruso

cuando sus hijos y nietos «enterraban las narices en los libros», y prefería la carpintería y hablar de asuntos que entendía y le gustaban.

Una de las preguntas que le hice a mi abuela Agnes fue por qué se había casado con un alcohólico. ¿No le había enseñado su propio padre adoptivo lo suficiente sobre vivir con hombres difíciles?

—Me enamoré —respondió sin sonreír. Los hombres de su aldea le parecían descuidados y vulgares—. Los campesinos nunca perdían la oportunidad de darme una palmada en el culo o de tocarme de otras maneras groseras —decía—. Me llamaban de todo por haber sido concebida fuera del matrimonio. Sabían que nunca me atrevería a decírselo a mi padre adoptivo.

Entonces, un verano, Ville apareció para cavar zanjas en la parroquia. El padre de Ville había sido un trabajador agrícola sin tierra, pero el chico había crecido en las afueras de Estocolmo y servido en el ejército. Ayudaba a Agnes a llevar los cubos de leche, elogiaba su pelo y siempre se lavaba al final de la jornada. Ville no sólo era limpio y educado, sino que trataba a Agnes como a una persona digna de respeto y no como a una niña bastarda. Tan buenos modales eran inauditos en el pueblo. Agnes se quedó embarazada en un mes. Ville obedeció la regla no escrita de lo que se suponía era una conducta adecuada en ese momento: el sexo antes del matrimonio era aceptable, pero si engendrabas un niño debías casarte.

Mi abuelo materno, Ville, era un alcohólico que intentaba mantenerse sobrio pero que recaía con regularidad. Era un hábil albañil, ganaba un buen salario cuando no bebía y nunca pegaba ni a su mujer ni a sus hijos. Agnes tuvo tres. Su objetivo era asegurarse de que tuvieran una vida mejor que la suya. En dos ocasiones, la enfermedad fue un serio obstáculo para lograrlo: primero, tuberculosis y, más tarde, cáncer de colon. La asistencia sanitaria universal gratuita vino al rescate. Agnes se curó de la tuberculosis y, milagrosamente, también del cáncer.

Como mi madre y su hermana estaban por debajo de la edad escolar cuando su madre ingresó en el hospital, fueron atendidas en un hogar infantil financiado por el Estado. Durante su conva-

lecencia, las mujeres del Ejército de Salvación enseñaron a Agnes a usar una máquina de coser, y ésta convenció a Ville de que valía la pena comprar una. Confeccionar ropa a los niños supondría ahorrar dinero a largo plazo.

La costura significó más para ella que la ropa que hacía para su familia. Le aportó dignidad.

La infancia de mi madre fue insegura e impredecible. Comenzó la escuela primaria en otoño de 1927. La matricularon en una buena escuela de nueva construcción en la plaza Vaksala, no lejos de donde vivían. Agnes le había cosido un vestido nuevo y ese día tan especial la llevó al colegio de la mano. Cuando llegaron a la plaza y vieron el edificio del centro, Agnes tuvo que detenerse para asimilarlo todo. Su propia escuela había sido una pequeña casa de madera y le parecía un sueño que su hija fuera a estudiar en una escuela que parecía un castillo de cuento de hadas. Apretó la mano de mi madre y susurró: «Deben pensar que la gente como nosotros valemos algo porque nos han construido un colegio muy bonito».

Dentro de la escuela, mi madre conoció a una profesora que la impresionó aún más que el edificio. La señorita Brunskog estaba capacitada para desempeñar su trabajo, así como muy motivada y deseosa de usar métodos de enseñanza modernos. Formaba parte de lo que las escuelas públicas ofrecían a los niños de los barrios pobres que quedaban en Uppsala, con sus callejones y callejuelas aún sin nombre. No sólo les enseñaban bien, sino que también, e igual de importante, les daban confianza en sí mismos. La profesora lo organizó todo para que mi madre fuera a campamentos de verano para niños con padres tuberculosos. Podía hablar eternamente de estos maravillosos veranos. El momento culminante fue cuando los llevaron a ver a la escritora Selma Lagerlöf —primera mujer en obtener un Premio Nobel de Literatura—, que vivía en Mårbacka, no muy lejos del campamento. Mamá recordaba cómo ella y sus amigos se sentaron en el suelo y escucharon a uno de los más grandes nombres de la literatura sueca leerles en voz alta sus propios libros.

Mi madre se contagió de tuberculosis en la escuela, la enfermedad que casi mata a su propia madre. El servicio de salud

financiado con fondos públicos se ocupó de ella y, mientras se recuperaba en casa, dieron vales a la familia para que los cambiaran por leche gratis en la tienda de la esquina. Me contó lo vergonzoso que le resultaba pagar con uno de esos vales, porque indicaba a los demás compradores que ella pertenecía a una familia tuberculosa. Lo único que dijo Agnes cuando mi madre se quejó fue: «Oh, cariño. Pero la leche está muy buena, ¿no crees?».

Su madre se contentaba con que la familia llevara una buena vida y que las necesidades materiales estuvieran satisfechas, de una manera u otra. Sin embargo, mi madre quería más y se sentía frustrada porque le faltaba lo que más quería: una buena educación. Le encantaba estudiar, pero no hubo forma de persuadir a su padre de que la dejara continuar después de los seis años de educación básica. Le pareció aún más injusto cuando, en su último año, un profesor le preguntó si no le importaría dar clases particulares a algunos de los niños más adinerados de la clase. ¿Por qué debería ayudarlos a conseguir las notas necesarias para entrar en la educación superior cuando ni siquiera se le había permitido solicitarla? Así que, a la edad de quince años, mi madre empezó a trabajar como repartidora en la tienda de comestibles local.

La historia de mi familia durante el último siglo me ha ayudado a entender los acontecimientos en el mundo en general. Hubo años de hambruna y extrema pobreza en el pasado reciente de mi abuela, condiciones horribles que fueron la razón principal por la que tantos de mis antepasados emigraron a Illinois, Minnesota y Oregón en 1846, y más tarde. La abuela Agnes y Britta, mi madre, pudieron pasar de la pobreza paralizante a una vida bastante satisfactoria gracias a muchos factores que convergieron y se reforzaron entre sí.

En primer lugar, el crecimiento económico de Suecia explica cómo mi abuelo Ville siempre pudo encontrar trabajo de albañil en la industria de la construcción a pesar de ser un alcohólico intermitente. Su salario creció de forma constante y así pudo pa-

gar el costo de una máquina de coser a pesar de gastar de manera imprudente en alcohol.

En segundo lugar, estaban los servicios sociales financiados por el Estado, que incluían no sólo la atención sanitaria y la escolarización, sino también los hogares infantiles y las clínicas de rehabilitación para alcohólicos. El abuelo Ville, por ejemplo, habría estado peor aún sin el tratamiento que recibió en una de estas clínicas. Mientras estuvo allí, escribió cartas de amor a su esposa. Todavía tenemos una de ellas, tan llena de amor y de súplicas profundamente apasionadas de perdón. Ayuda a explicar por qué la abuela aguantó una vida de casada de constante inseguridad.

En tercer lugar, la sociedad civil intervino varias veces para apoyar e incluso rescatar a mi familia marginada. Este apoyo cívico abarcó desde las lecciones de costura que dieron a la abuela Agnes las ahora desaparecidas «hermanas de los barrios bajos» del Ejército de Salvación, hasta la educación cultural que mi madre, Britta, recibió de los voluntarios universitarios en los campamentos de verano. He llegado a considerar que mis orígenes están conformados por la combinación de empresas establecidas por el mercado privado, la sociedad civil y el Gobierno. Las familias de mi abuela y de mi madre fueron sacadas de la indigencia. Los niños de mi generación se beneficiaron de la protección del estado de bienestar.

Es cierto que las circunstancias económicas cambiaron con mayor rapidez que las normas culturales y sociales. La actitud hacia la sexualidad permaneció inalterada durante un tiempo asombrosamente largo y la aceptación del sexo como un aspecto de la vida cotidiana era un completo tabú. En particular, estoy pensando en el acceso a los métodos anticonceptivos y también en lo que ahora llamamos con pomposidad «salud y derechos sexuales y reproductivos». Se suponía que las mujeres de las generaciones de mi abuela y de mi madre no debían disfrutar de la intimidad sexual y se les negaba el derecho a planificar cuándo concebir, resultado de las normas culturales que guiaban las decisiones políticas. Tras dar a luz a tres hijos y apenas haber sobrevivido a la tuberculosis y el cáncer, mi abuela Agnes decidió

que no quería más hijos. Criar a los tres que tenía era una responsabilidad más que suficiente. Oyó hablar de un hombre que explicaba cómo utilizar los preservativos. (Informar al público sobre los preservativos —por no hablar de ponerlos a disposición de la gente en general— estuvo expresamente prohibido en la ley sueca de 1910 a 1938.)

Un día, a mediados de los años veinte, mi abuela y algunas de sus amigas se enteraron de que aquel valiente hombre iba a visitar la plaza principal de Uppsala para hablar sobre métodos anticonceptivos. Se armaron de valor y se arriesgaron a ir a escucharlo. El hombre —el líder del partido más izquierdista de Suecia en ese momento— se subió a una caja de madera y dio un discurso directo y simple sobre cómo las parejas tienen el derecho a decidir cuándo tener un hijo. La policía lo arrestó en el momento en que sacó un preservativo del bolsillo de su chaqueta para enseñárselo a la multitud allí reunida.

Una década más tarde, en 1935, mi madre tenía catorce años. Su mejor amiga, de su misma edad, se quedó embarazada. Vivía en un piso en el mismo rellano que la familia de mi madre, en la segunda planta de un bloque de viviendas. El embarazo de la chica demostró lo que la mayoría de la gente sospechaba: su padre llevaba mucho tiempo abusando de ella. Pronto, todo el edificio lo supo. La policía interrogó al padre y unos días después el pastor local llamó para hablar con la familia. Culpó a la madre: era culpa suya que el marido se hubiera acostado con su hija; obviamente la madre no había estado lo bastante «disponible».

Ésta era la realidad de la vida para la generación de mi madre. Contaba dieciocho años cuando se enamoró de mi padre. Ninguno de los dos tenía ni idea sobre métodos anticonceptivos y ella se quedó embarazada. Trabajaba a tiempo completo haciendo entregas de comida mientras perseguía su sueño de acceder a la universidad yendo a clases nocturnas. En otras palabras, la joven pareja tenía muy poco dinero y mi madre no deseaba tener un hijo en ese momento. Buscó la manera de abortar y oyó hablar de un médico con consulta privada. También era conocido por reducir sus honorarios para los clientes de bajos ingresos.

Mi madre fue una tarde a verlo. Le entró muchísima ver-

güenza cuando él le pidió que se desvistiera y caminara desnuda por su consultorio. Cuando le pidió servicios sexuales a cambio del aborto, se fue. Su única alternativa era acercarse a una mujer en el trabajo conocida por realizar abortos baratos. Apareció una noche en el piso de una sola habitación de mi madre. Su método de trabajo consistía en introducir una aguja de tejer en el útero. Durante la noche siguiente, mi madre dio a luz a un feto muerto que de inmediato quemó en su pequeño fogón, siguiendo instrucciones. Tuvo suerte de escapar a las hemorragias o infecciones que hubieran amenazado su vida y que eran muy habituales como consecuencia de este tipo de intervenciones.

La anticoncepción se hizo más accesible tras el avance informativo que acompañó al lanzamiento de la Asociación Sueca para la Educación en Sexualidad (RFSU, por sus siglas en sueco) bajo el liderazgo de Elise Ottesen-Jensen, que se hizo tan famosa en Suecia que la gente la conocía con el nombre de Ottar. El parlamento sueco legalizó tanto la información como la distribución de métodos anticonceptivos en 1938, principalmente en respuesta a la campaña organizada por su organización. Hasta el día de hoy, la RFSU sigue siendo el principal proveedor de preservativos de Suecia. Mi madre y mi abuela nunca perdieron la oportunidad de elogiar a Ottar por su contribución a estas decisiones vitales.

Cuando estaba en la escuela primaria, a veces mi padre me llevaba a las conferencias que se impartían en la sucursal de la ciudad de la Asociación Educativa de los Trabajadores (ABF, por sus siglas en sueco). El salón de conferencias era un gran espacio que podía albergar audiencias de muchos cientos de personas. Los conferenciantes eran a menudo exploradores que describían sus experiencias en países lejanos, utilizando una versión modernizada de una linterna mágica, precursora del proyector, que mostraba fotografías ampliadas en blanco y negro en una pantalla. Para mí, entonces sólo un muchacho, esas tardes eran verdaderamente mágicas. Era emocionante ir con mi padre a eventos para adultos y me fascinaban las historias de los países colonizados en lejanos lugares del mundo.

Las charlas eran muy variadas y algunos de los conferenciantes fueron especialmente impresionantes. Eric Lundqvist fue uno de ellos: era un guardabosques que se había marchado a las Indias Orientales Neerlandesas en los años treinta para ocupar un puesto ofrecido por la administración colonial que dirigía lo que hoy es Indonesia. Lundqvist se casó con una mujer de la localidad y más tarde se convirtió en un famoso escritor, admirado por su comprensión tanto del mundo natural de la zona como de su sociedad. Mis padres leían sus libros y les gustaba su postura pública antirracista.

El explorador y conferenciante Sten Bergman, biólogo con un impresionante conocimiento de la naturaleza en general y de las aves en particular, era en cierto modo el opuesto directo de Lundqvist. En una de sus conferencias nocturnas, Bergman se desvió del tema de la observación de aves en Nueva Guinea para mostrar una película corta y muda rodada en blanco y negro. Presentaba un extraño experimento con la población local: les había hecho levantar un palo liso de cuatro metros de altura, untado de jabón y con una bonita hacha clavada en la parte superior. Habían instado a los lugareños a que lo subieran y la grabación mostraba sus vanos intentos de conseguir el hacha. A mitad del corto, mi padre se puso de pie, me tomó de la mano y me anunció: «Nos vamos». Al salir del pasillo, vi que la cara de mi padre se había puesto pálida, como en las raras ocasiones en que se enfadaba. Me susurró: «Ese hombre no muestra ningún respeto. Bergman es un esnob. Su idea de diversión fue engañar a esa gente para que resultase cómica, sólo porque deseaban el hacha. Pero son habitantes del bosque y les hubiera venido muy bien una buena hacha. No soporto su actitud».

Una tarde, me encontré en el Instituto de Educación a mi compañero de clase Ingmar, cuyo padre también solía llevar a su hijo a las conferencias. El padre de Ingmar era pastor de la Iglesia Misionera Sueca y había trabajado como misionero en el África Ecuatorial Francesa. Una vez vino a nuestra escuela y dio una charla ilustrada sobre su trabajo. Lo recuerdo bien: el país colonizado que describió era muy diferente de todo lo que conocíamos. A pesar de ser un hombre de la Iglesia, hablaba la mayoría de las

veces sobre formas prácticas de ayudar a los nativos —como entonces llamábamos a los congoleños—, en especial con la educación y atención sanitaria. Cuando Ingmar tenía diez años, dejó el colegio para viajar con su familia por tercera vez al Congo.

Para un niño de mi clase social era raro tener un contacto tan estrecho con alguien que hubiera viajado a África y que en realidad vivía allí. Después de que Ingmar se fuera, mi maestro me eligió una vez para que le enviara una carta de parte de toda la clase. Todavía puedo recordar la emoción que sentí al enviar mi primera carta por correo aéreo. La dirección del internado para los hijos de los misioneros parecía extraña y aprendí por primera vez el nombre de una ciudad africana, Pointe-Noire, en la actualidad el puerto más importante de la República del Congo.

Me enseñaron mucha geografía en el colegio, aunque al final me quedé con la sensación de saber sorprendentemente poco sobre cómo vivía la gente en otras partes del mundo. En general, la escuela inculcaba una visión del mundo basada en una vaga noción de «Occidente» contra «el resto». «El resto» era donde vivían «los nativos» y, aparentemente, sus culturas eran bastante primitivas.

Creo que fue mi profesor de quinto (teníamos entonces doce años) el que insistió una vez de forma memorable en que el hinduismo convertía en fatalista a la gente de India, por lo que persuadirlos de que se convirtieran al cristianismo era muy importante para el progreso y el desarrollo de su país. Nadie me enseñó nada sobre las antiguas civilizaciones indias. Mucho antes de que los suecos se dedicaran a tallar un puñado de signos en piedras rúnicas, ellos escribían en sus propios alfabetos.

¿Perteneían a Occidente la Unión Soviética, Japón y los países sudamericanos o no? Nunca se nos dijo. El progreso de las naciones colonizadas hacia la independencia fue algo que escuché en casa de boca de mi padre, y no en el colegio. En general, mi esquema mental se conformó en casa, influenciado por mis parientes y en especial por mi madre y mi padre, y los programas de radio que escuchábamos. La escuela jugó un papel muy secundario.

Mi madre se curó de la tuberculosis. La economía sueca, y el salario de mi padre, mejoró más rápido de lo que mis padres podrían haber esperado. Tenía sólo cinco años cuando nos mudamos a una casa con un bonito jardín con muchos árboles frutales. Para mis padres, la casa era un sueño hecho realidad. Pudieron comprarla principalmente a través de años de ahorro, complementados con un préstamo garantizado por el Estado a través del creciente movimiento social de vivienda. Era una iniciativa destinada a estimular la propiedad de la vivienda para la clase obrera. También tuvieron que pedir un préstamo a un banco privado, así como un generoso préstamo a mi tío soltero, Martin.

La casa era nueva y moderna: tenía calefacción central, agua fría y caliente, un baño con bañera esmaltada y una cocina con hornillo eléctrico, nevera y lavadora. La biblioteca local estaba cerca, al final de la calle. Mi madre me acompañaba con regularidad para pedir libros prestados que luego me leía. Otras familias con niños vivían en las casas vecinas y pronto me hice amigo de algunos de ellos.

A mi padre le gustaba mostrarme los enormes cables de la central eléctrica de Bergforsen y explicarme cómo la energía hidráulica se transformaba en corriente eléctrica para nuestra lavadora. Una de sus aficiones preferidas era ir por ahí a recoger grandes ramas de pino de los claros del bosque cerca de la ciudad. Sus jefes le dejaban utilizar el coche de la empresa los fines de semana para poder transportar las ramas a casa y convertirlas en combustible para nuestra calefacción central y nuestra caldera.

El jardín de mis padres estaba dedicado en gran parte a plantas útiles: cultivaban patatas, verduras varias, manzanas y fresas. Mamá cosía casi toda nuestra ropa porque comprarla prefabricada era caro, con una excepción: los calzoncillos. Recuerdo cuando llegó a las tiendas la ropa interior importada, y cómo mi madre charlaba por encima del seto con nuestros vecinos acerca de los pros y los contras de la ropa interior extranjera: ¿y si usarla era malo para la salud de los niños? Esta temprana y embrionaria señal de comercio global de bienes de consumo —calzonci-

llos de Portugal— fue de inmediato considerada profundamente sospechosa.

El hecho de tener que ahorrar y escatimar en gastos significó que, después de unos años en nuestra nueva casa, pudimos ir de vacaciones en familia. Mis padres compraron una motocicleta roja y una bicicleta tándem azul, y mi madre cosió una tienda de campaña. La primera vez, recorrimos el condado de Uppsala y no nos alejamos en ningún momento más de cien kilómetros de nuestra casa. Terminamos visitando a los dos hermanos solteros de la abuela Agnes, que vivían juntos en la granja familiar y nos acogieron con alegría.

Me permitieron montar a pelo en su enorme caballo guiado por Petrus, el hermano mayor. Cuando mi padre me fotografió en el caballo, puso de relieve un choque de culturas. Mi padre creía que una de las fotografías era especialmente buena: el enorme caballo de granja con el chico de ciudad sentado a la grupa, junto al viejo granjero luciendo sus botas altas.

Envió una copia de la fotografía a Petrus como muestra de agradecimiento por la hospitalidad que nos habían mostrado. No fue bien recibida. Petrus se ofendió porque en la foto aparecía vestido con el mono y las botas. Si tenían que fotografiarlo, que fuera con su único traje oscuro. Si la gente de ciudad le tomaba fotos en ropa de trabajo, presumiblemente intentaban burlarse de su pariente campesino. Mis padres resolvieron el conflicto, pero les llevó casi dos años hacerlo. Fue una forma de recordar que siempre había que respetar las diferencias culturales. Petrus era un hombre sabio y amable, lo que hizo que la lección fuera más efectiva.

Viajamos en moto hasta Copenhague en nuestras segundas vacaciones. Mi hermano, Mats, nació en 1960, cuando yo tenía doce años. Tres años después, la familia invirtió en un Volkswagen escarabajo gris y nos fuimos de vacaciones a Noruega. Luego, en 1972, mis padres dieron otro gran paso al comprar un pedazo de tierra junto al mar, donde mi padre construyó una casa de vacaciones. Usó el dinero que había heredado de su madre para comprar un pequeño barco provisto de un motor fueraborda y le puso su nombre: *Berta*.



Yo sobre un caballo, con mi tío abuelo Petrus.

Tras ser ama de casa durante más de una década, mi madre consiguió un trabajo a tiempo parcial en una biblioteca en el cercano Old Uppsala. También fue a un centro de educación para adultos nocturno para obtener el título de educación superior en sueco, inglés y estudios sociales; aunque nunca obtuvo la verdadera educación con la que siempre soñó y que le habría permitido convertirse en maestra o periodista.

La historia de mi familia se reflejó en todo el país en muchas otras y demostró cambios excepcionalmente rápidos y positivos en todos los aspectos de la vida en Suecia. Sólo hicieron falta tres generaciones para pasar de los cuatro años de enseñanza básica de mi abuela a mi cátedra de profesor. Para poner un ejemplo de un cambio aún más espectacular: hace cuatro generaciones, mi bisabuela era analfabeta. Como familia, reflejamos los diferentes niveles de educación en el mundo de hoy.

Es fácil ver los cuatro niveles económicos del mundo ejemplificados en el contexto de mi familia. La mejora de la asistencia médica permitió a la gente escapar de la carga de las enfermedades infecciosas y llevar una vida más larga y saludable. El creciente bienestar material significó que sólo hizo falta un par de generaciones para pasar de casuchas con el suelo de tierra a casas modernas y espaciosas. Sin embargo, nada de esto pareció sencillo a los propios individuos que, paso a paso, lograron avances personales que cambiaron sus vidas.